

Dada en Bogotá a diez y siete de octubre de mil novecientos veinticuatro.

El Presidente del Senado, RICARDO TIRADO MACIAS—El Presidente de la Cámara de Representantes, ENRIQUE MILLAN O.—El Secretario del Senado, *Horacio Valencia Arango*—El Secretario de la Cámara de Representantes, *Fernando Restrepo Briceño*.

Poder Ejecutivo—Bogotá, octubre 24 de 1924.

Publíquese y ejecútese.

PEDRO NEL OSPINA

El Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas,

JUAN N. CORPAS

Gracias a los excelentes alumnos que en otro tiempo fueron habitantes del Rosario, y con el favor de Dios, dentro de dos años el Colegio verá cumplido uno de sus anhelos más fervientes.

EL CHISME RURAL

Un día, después de la salida de la clase, Alfonsito, con la gorra de pajas de monte entre las manos nerviosas que la estrujaban a causa de su inquietud tímida, con la cabeza baja, sin atreverse a mirar, se acercó a la mesa de la maestra que bordaba un ramo de crisantemas sobre la tela tensa de su tamborcito.

—Vea, señorita, le voy a regalar una cosita para que la acompañe.

—¡Ay! tan amable, Alfonso ¿qué me va a regalar?

—Pero es que quién sabe si no le guste....

—Tan bobito....Cualquier cosa, pero ¿qué es?

—Es que ..., vea, señorita....le voy a traer un perrito chiquito, mío, que nació ayer, lo más bonito ..., y si viera, lo más picarito.

—Muy bueno, me gusta mucho, y ¿cuándo?

—Pues...., es que todavía no ha abierto los ojitos....cuando los abra.

—¡Ay, qué dicha!....bueno, cuando los abra.

—Pero, no sé qué.... es que después hay que esperar.

—No, ¿por qué?

—Hay que esperar a que la perra lo destete; entonces sí....

—¡Ah....—La maestra, inocentona y un poco tímida, tuvo un poco de rubor con esa tontería del discípulo, que alegre de la aceptación, salió corriendo de la escuelita rural a su casa que quedaba al frente bajo los churimos y guácimos que hacían sombrío a un millar de arbolillos cafetos, entonces rojos de grano.

La pobre maestra rural, bonita, como una paloma torcaz de mansa, y con unos ojos de pozos de agua, vivía allí mismo con su madre y al final del mes recibía cuarenta y dos pesos de sueldo ganado a desvelos y voluntad.

Cuando la perra tuvo exangües las ubres y los cachorros buscaban su vivir, aún llenos de la lama de su primera estación, llegó a la escuela el regalo del discípulo.

La maestra se hizo cuidados y ya tuvo en sus largos días un motivo que la hacía como una fiesta su soledad. Era un gozo ver al animalito latiendo a los gallinazos o durmiendo las horas de sol un sueño apenas interrumpido por tal cual mosca que huía ante las dentelladas al aire del gozquecito.

* * *

Un día amaneció la maestra enferma; sin duda por los trabados comentarios a su novio, que de cuando en cuando y lleno de sencillez, venía por el estrecho sendero que comunicaba aquel campo, a satisfacer el ansia de verla y de decirle su cariño ingenuo.

Por unos días se suspendieron las diarias tareas de los libros y las puertas cerradas de la escuela la daban ese aire de abandono tan natural.

La enferma sufría una fiebre que no fue grave afortunadamente pero que hizo hondo rastro en su constitución un poco endeble.

Se trajeron algunas drogas que llenaron el estrecho cuartucho contiguo a la clase, de un olor acre a quininas y otras mixturas amargas.

La madre iba y venía en su trabajo de única mujer de la casa.

Y «Caracucho» el perrito de la maestra, por ahí estaba por todas partes, inquieto y durmiendo las horas calurosas en las esterillas del cuarto de la ama enferma.

* * *

Entró doña Manuela con un platón lleno de agua que hervía. La alcoba oscura le cegó los ojillos llenos del sol de afuera, y andando a tientas, tropezó con el animalillo que desgraciadamente recibió sobre sí el chorro de agua regada, que, después de un cuarto de hora de chillar, le causó una muerte horrible.

Hubo llanto en la casa.

La maestra se obstinó en que lo enterraran entre su baulito pequeño de misterios de mujer enamorada.

Su amor al animalito y una necesaria indemnización al compañero, todo esto brotó de su temperamento un poco romántico como conviene a toda sangre latina.

a pesar de la sabia oposición y educación de las modernas escuelas.

Hacia una luna clara que iluminaba el campo y dejaba adivinar las casuchas vecinas sobre los alvernes de la tierra que hacían del lado opuesto al satélite una alargada sombra de carbón.

Se cumpliría el querer de la maestra.

Doña Manuela cavó junto al rosal y puso allí las miserias del perro, mientras la muchacha se confundía con aquel accidente que se le hizo una catástrofe en frente de su sensibilidad.

Anduvieron unos quince días de convaleciente y cuando estaban próximos los de recomenzar la labor, vino una nota del inspector de la provincia.

... «Que los vecinos—que de improviso ni habían vuelto a preguntar por su salud—pedían que se la cambiara»; que era, pues, imposible que ella continuara en su cargo y que ella, mejor que ninguno sabría las imperiosas razones de ese procedimiento.

Las dos mujeres estuvieron tristes y les nació un repentino odio contra esas gentes traicioneras y desconsideradas que sin duda se valían de engaños para echarlas. Empero, pensaban en el cariño que hasta esos días las habían tenido, y así se fueron con una zozobra mortal en el espíritu.

Era absolutamente necesaria una explicación del inspector provincial. Claro. Eso de no saber era un infierno en el cerebro y el corazón.

Se convino que iría la muchacha.

Con un reposo de cultivo tocó la puerta del cuarto de despacho del señor Giraldo y entró metida en su mantilla negra.

El hombre la recibió con un descuido descarado y señaló un taburete de mimbres.

—Supongo que usted buscará una explicación que francamente no creo que necesite. ¿No es verdad?

—Usted comprende, esto así es insoportable; sí, quiero una explicación porque le juro que no entiendo; yo me he manejado con lo concerniente a la escuela como el que mejor pueda.

—Pero se necesita más fuera de lo de escuela, mucho más....

--Quiero que me explique, señor.

—Yo no quisiera decirle porque sería burlar una presunción falsa suya. Se obstina en querer ignorar el motivo, porque se cree segura de tener un secreto que... no es secreto ... Todo se sabe....

—¡Ay, mi Dios, dígame don Martín, dígame, yo no sé nada, dígame.

Al hombre le tembló un poco la voz.

—Aunque yo creo que no he tenido mayor culpa el caso es que usted no merece ya ni ese puesto.

—¡Ay, por mi Dios, qué cosas! Don Martín yo no comprendo!

—No quiera guardar su desgracia.... ya se sabe.

La mujer empezó a gimotear en medio de un esfuerzo terrible, diciendo esto en una voz contenida pero de indecible pena:

—¡Ay, Virgen mía, qué horror! ... ¡Ay, qué puede ser, Madre del cielo! ¡Ay, mis ángeles!—y levantándose se echó sobre los brazos retorcidos, en la parte alta del escritorio, rogando entre bajos sollozos:—¡Ay, don Martín, no me mate, yo creo que me calumnian, ay, dígame....—y acabó en un grito nervioso:—¡Ay, don Martín!....

—Vea. Sí es una ...tal vez una calumnia, y yo he procedido destituyéndola porque hay que darle gusto a las gentes.

—¡Ay, y ahora qué hago, usted tal vez creyó!
¡Ay, sí! . . .

—Francamente uno es tan flaco que más bien cree, que duda; pero no; no creo.

La muchacha se retorció en una desesperación espantosa y daba unos sollozos que le hinchaban el pecho notablemente.

—¡Ay, don Martín! no me haga morir.

—Pues, conste que no creo; es esto: me dijeron que cuando estuvo enferma, una noche, creyendo que nadie las veía, enterraron una criaturita. . . .

—¡Ay! qué maldad! ¡Qué infamia! Qué corrompidos! . . . fue el perrito! ¡Ay mi Dios, mío Señor! —y reventó en un llanto convulsivo que le hizo asomar dos lágrimas al inspector.

* * *

La muchacha volvió sin saber qué decir a la madre; sólo que eso, la verdad del motivo inicuo, si no podía decírselo porque era como escupirle la cara.

Entró llorando.

—¡Ay, mi muchachita! qué fué?

La envolvió en los brazos y respondió como si hubiese meditado esto muy largamente:

—Que nos quitaron el pan porque yo soy una mala maestra.

¡Qué inicuos!

—¡Sí! . . . ! Sí, mamá, sí! . . .

Estas palabras eran unas explosivas exclamaciones de ira. Echándose sobre su cama, dijo despacio, acentuando las sílabas, separadas con suspensivos rabiosos, sílabas que tenían un sabio sabor a latigazos:

—Co... rrom... pi... dos ...!

ONEL MARQUEZ
alumno convictor.

Julio 11 de 1924.